

PREFACIO

«Historia del Mediterráneo» puede significar muchas cosas. Este libro es una historia del mar Mediterráneo, más que una historia de los territorios que lo rodean; más concretamente, es una historia de los pueblos que cruzaron el mar y que vivieron cerca de sus costas, en sus puertos o en las islas. Mi tema es el proceso por el cual el Mediterráneo acabaría integrándose en grados diversos y variables en una única zona comercial, cultural, e incluso (durante la hegemonía romana) política, y cómo estos períodos de integración acabaron en algunos casos en una violenta desintegración a causa de la guerra o de las epidemias. He identificado cinco períodos diferentes: un primer Mediterráneo que se sumió en el caos después del año 1200 a.C., es decir, aproximadamente en la época en la que se dice que cayó Troya; un segundo Mediterráneo que sobrevivió hasta más o menos el año 500 d.C.; un tercer Mediterráneo que emergió lentamente y que sufrió después una gran crisis en la época de la peste negra (1347); un cuarto Mediterráneo que tuvo que enfrentarse a la creciente competencia del Atlántico, y al dominio de las potencias atlánticas, y que terminó en la época aproximada de la apertura del canal de Suez en 1896; y por último, un quinto Mediterráneo que se convertiría en el corredor de acceso al océano Índico, y que encontró una sorprendente nueva identidad en la segunda mitad del siglo xx.

Mi «Mediterráneo» es decididamente la superficie del propio mar, sus costas y sus islas, en especial las ciudades portuarias que fueron los principales puntos de partida y de llegada de aquellos que lo cruzaban, una definición más restringida que la del gran precursor de la historia mediterránea, Fernand Braudel, quien abarcaba, en algunas ocasiones lugares más allá del Mediterráneo; pero el Mediterráneo de Braudel, y el de la mayor parte de quienes han seguido sus pasos, era una masa de tierra que se extendía mucho más allá de la línea de la costa, y no solo una cuenca llena de agua, y sigue vigente la tendencia de definir el Mediterráneo con relación al cultivo de la aceituna o a las cuencas de los ríos que lo alimentan. Esta tendencia significa que uno debe examinar las sociedades tradicionales, a menudo sedentarias, de estas cuencas que producían los alimentos y las materias primas fundamentales del comercio transmediterráneo, lo que significa asimismo embar-

car a los auténticos habitantes de secano que nunca se acercaron al mar. No podemos, por supuesto, hacer caso omiso de los territorios del interior, de los acontecimientos que tuvieron lugar en ellos, ni de los productos originarios de ellos o que los cruzaron, pero este libro se concentra en aquellos que se mojaron los pies en sus aguas y, mejor aún, en quienes viajaron a través de ellas, y que, en algunos casos, participaron directamente en el comercio entre las diferentes culturas, en los movimientos de ideas religiosas y otras, o, no menos significativo, en los conflictos navales por el control de las rutas marítimas.

En lo que no deja de ser un libro muy largo ha sido inevitable tomar decisiones difíciles sobre lo que debía o no ser incluido o excluido. Palabras que se utilizan menos de lo que deberían son «quizás», «posiblemente», «tal vez» y «probablemente»; muchas de las grandes afirmaciones sobre el Mediterráneo más antiguo podrían ser matizadas con estas palabras, aun a riesgo de generar una bruma de incertidumbres en el lector. Mi intención ha sido la de describir a la gente, los pueblos, los procesos y acontecimientos que han transformado todo o gran parte del Mediterráneo, en lugar de escribir una serie de microhistorias de sus límites, por muy interesante que esto pueda ser; por lo tanto, me he concentrado en lo que considero más importante a largo plazo, como por ejemplo la fundación de Cartago, el surgimiento de Dubrovnik, el impacto de los corsarios de Berbería o la construcción del canal de Suez. Las interacciones religiosas exigen espacio, y, como es natural, en este libro se dedica una gran atención a los conflictos entre cristianos y musulmanes, pero los judíos se merecen también que los observemos de cerca, debido a su destacado papel como mercaderes y comerciantes a principios de la Edad Media, y también a principios de la Edad Moderna. Una vez alcanzada la Antigüedad clásica, le he dado aproximadamente la misma cobertura a cada siglo, puesto que no deseaba escribir uno de esos libros en forma de pirámide en los que el autor se precipita a través de los antecedentes para llegar a la cómoda Edad Moderna en el menor tiempo posible; ahora bien, las fechas de los capítulos son muy aproximadas, y capítulos diferentes abordan a veces acontecimientos que ocurren al mismo tiempo en diferentes extremos del Mediterráneo.

Los fenicios, griegos y etruscos en la Antigüedad, los genoveses, venecianos y catalanes en la Edad Media, y los holandeses, ingleses y rusos en los siglos antes de 1800 le dieron forma al Mediterráneo que conocemos ahora; de hecho, la argumentación que sostiene que el Mediterráneo, después del año 1500, y sin duda alguna después del año 1850, fue perdiendo importancia en los asuntos y en el comercio mundiales, tiene una base sólida. En la mayor parte de los capítulos me he concentrado en uno o dos lugares que, en mi opinión, explican mejor los acontecimientos en el Mediterráneo en general: Troya, Corinto, Alejandría, Amalfi o Salónica, entre otras ciudades, pero el énfasis siempre se encuentra en sus vínculos y lazos a través del mar Me-

diterráneo y, en los casos en los que ha sido posible, en algunas de las personas que fueron artífices de dichas interacciones o que las experimentaron. Uno de los resultados de este enfoque es que hablo menos de peces, pescado y pescadores de lo que puedan esperar algunos lectores. La mayor parte de los peces pasan el tiempo bajo la superficie del mar, y los pescadores tienen la tendencia de zarpar de un puerto, obtener sus presas (a menudo a una cierta distancia de su puerto de amarre) y regresar a la base. En su inmensa mayoría, no tienen un destino al otro lado del agua donde puedan establecer contacto con otros pueblos y culturas. El pescado que llevan de regreso puede ser procesado, salado o encurtido, incluso ser convertido en una salsa de potente sabor, y los comerciantes que solían transportar estos productos al extranjero son los que se mencionan más a menudo; el pescado fresco debía, sin duda, de haber sido un alimento básico de las tripulaciones de los barcos. No obstante, los datos son escasos, y mi atención no se ha trasladado a lo que sucede bajo las aguas del Mediterráneo hasta el advenimiento de la guerra de submarinos a principios del siglo xx.

Tengo la esperanza de que quienes se hayan hecho con este libro disfruten tanto leyéndolo como yo he disfrutado escribiéndolo. Por la invitación a hacerlo, y por el aliento y entusiasmo demostrado por él después, les estoy profundamente agradecido a Stuart Proffitt de Penguin Books, y a mi agente, Bill Hamilton, de A. M. Heath, y más tarde, por el ánimo recibido, a Peter Ginna y Tim Bent, de mis editores estadounidenses, Oxford University Press en Nueva York. Uno de los especiales placeres que he tenido ha sido la oportunidad de poder visitar por primera vez, o de volver a visitar algunos de los lugares a los que hago referencia. Una serie de anfitriones en el Mediterráneo y más allá me han ofrecido su amable hospitalidad: Clive y Geraldine Finlayson, del Museo de Gibraltar, quienes me permitieron no solo revisitar Gibraltar sino también asomarme al otro lado del estrecho, a Ceuta; Charles Dalli, Dominic Fenech, sus colegas en el Departamento de Historia de la Universidad de Malta, SE el Alto Comisionado y señora Archer y Ronnie Metcalf del British Council fueron anfitriones ejemplares en Malta; SE la embajadora de Malta en Túnez, Vicki-Ann Cremona, también fue una soberbia anfitriona en las ciudades de Túnez y Mahdia; Mohamed Awad, que se ha ganado una merecida fama por su hospitalidad, me abrió los ojos a su ciudad de Alejandría; Edhem Eldem me descubrió rincones insospechados de Estambul (y de Alejandría); Relja Seferović del Instituto de Historia Croata de Dubrovnik me fue de una gran ayuda en esta ciudad, en Montenegro (en Herceg Novi y Kotor) y en Bosnia-Herzegovina (en Trebinje); Eduard Mira compartió conmigo e *in situ* su conocimiento de la Valencia medieval; Olivetta Schena me invitó a Cagliari para conmemorar a mi fallecido amigo y distinguido historiador del Mediterráneo, Marco Tangheroni, lo que me permitió visitar la antigua Nora; algo más lejos, el Departamento de Historia de la Universidad de Helsinki y el Ministerio de Asuntos Exteriores finlandés me invitaron a exponer mis pun-

tos de vista sobre la historia mediterránea en una ciudad cuya gran fortaleza suele recibir el nombre de la «Gibraltar del Norte»; Francesca Trivellato me permitió leer su excelente estudio sobre Livorno antes de su publicación. Roger Moorhouse localizó una gran cantidad de ilustraciones adecuadas, a menudo de difícil localización; Bela Cunha fue un revisor ejemplar. Mi esposa Anna exploró Jaffa, Neve Tzedek, Tel Aviv, Túnez, Mahdia y grandes regiones de Chipre conmigo. Anna toleró las montañas crecientes de libros sobre el antiguo y moderno Mediterráneo en una casa que ya estaba llena de libros sobre el Mediterráneo medieval. Mis hijas, Bianca y Rosa han sido compañeras encantadoras en los viajes a los diferentes rincones del Mediterráneo, y me proporcionaron material en temas diversos tales como los moriscos o el proceso de Barcelona.

También le estoy muy agradecido a todo el público de Cambridge, St Andrews, Durham, Sheffield, Valleta y Frankfurt-am-Main que asistió y respondió con tanta amabilidad a una conferencia que paseé por todas partes con el título de «Cómo escribir una historia del Mediterráneo». En Cambridge, recibí consejos bibliográficos y de otro tipo de Colin y Jane Renfrew, Paul Cartledge, John Patterson, Alex Mullen, Richard Duncan-Jones, William O'Reilly, Hubertus Jahn y David Reynolds entre otros, mientras que Roger Dawe tuvo la amabilidad de regalarme una copia de su magnífica traducción y comentarios a la *Odisea*. Charles Stanton leyó el primer borrador y me corrigió con relación a diversas cuestiones, y resulta innecesario decir que cualquier error que quede es únicamente mío. Alyssa Bandow se embarcó conmigo en largas y entusiastas conversaciones sobre la economía antigua que contribuyeron a clarificar mis ideas. Ninguna institución puede compararse a los colegios universitarios de Cambridge y de Oxford con relación a las oportunidades de poder debatir las ideas de uno con personas procedentes de una gran variedad de disciplinas, y le debo más de lo que puedo expresar al estímulo de tener entre mis colegas de Caius no solo a toda una serie de catedráticos de historia, sino también a Paul Binsky, John Casey, Ruth Scurr, Noël Sugimura y (hasta hace poco), a Colin Burrow, además de a Victoria Bateman, cuyos comentarios sobre mi texto valoro mucho, y a Michalis Agathacleous, cuya guía por el sur de Chipre fue de una gran ayuda. La biblioteca de la facultad de Clásicas fue especialmente generosa en la satisfacción de mis necesidades, igual que también lo fueron Mark Statham y el personal de la biblioteca del Caius and Gonville College. Cuando, en las etapas finales de la redacción del manuscrito, me encontré bloqueado en Nápoles a causa de una erupción volcánica, ¡no fue el Vesubio!, que me impedía regresar a casa, Francesco Senatore y sus encantadores colegas (Alessandra Perricioli, Teresa d'Urso, Alessandra Coen y muchos más) me ofrecieron una hospitalidad magnífica que incluía el uso de un despacho en la Universidad Federico II, y también conversaciones muy agradables. Poco tiempo después que el cielo quedara despejado, pude aprovechar la oportu-

nidad de debatir los temas de este libro en una reunión en Villa La Pietra, la sede en Florencia de la New York University, gracias a la amabilidad de Katherine Fleming, y afiné todavía más mis «pensamientos conclusivos» en Noruega, respondiendo a una invitación de los siempre corteses organizadores de un simposio celebrado en Bergen en junio del 2010 para conmemorar la concesión del premio Holberg a Natalie Zemon Davis.

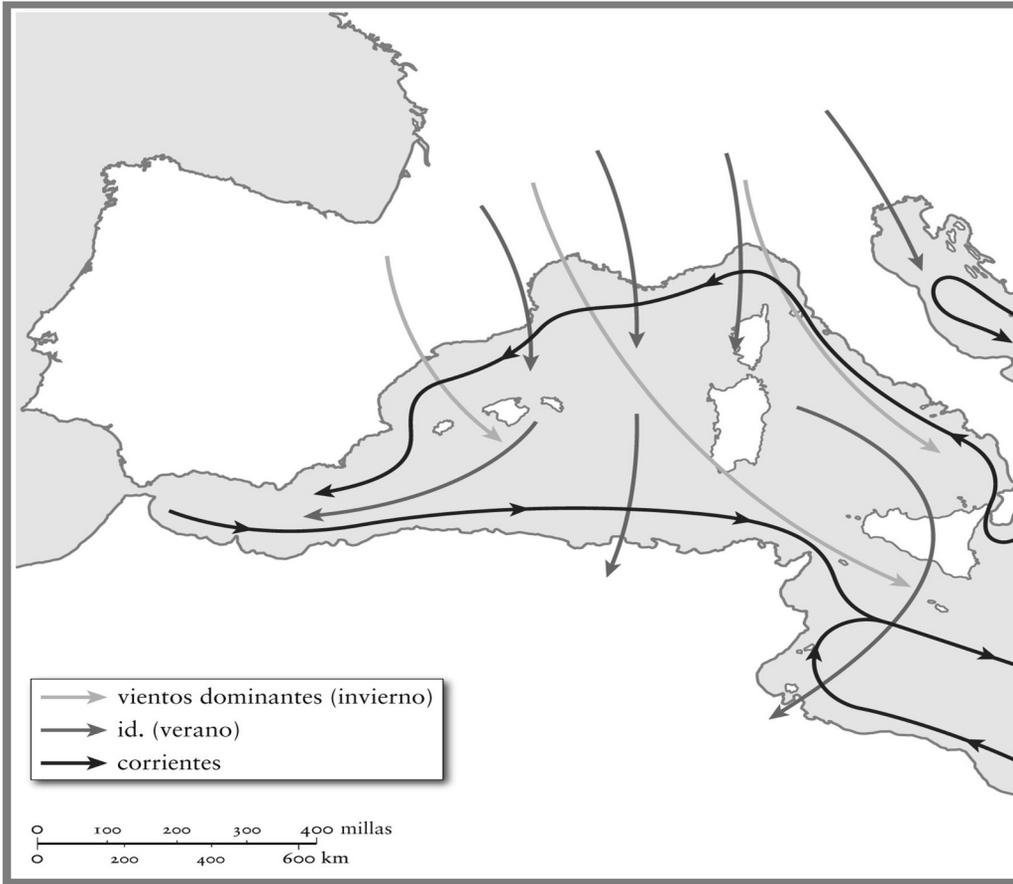
Este libro está dedicado a la memoria de mis antepasados que viajaron por todo el Mediterráneo a lo largo de los siglos: desde Castilla a Safed y Tiberíades en Tierra Santa, con intervalos en Esmirna; y más tarde, con mi abuelo, de regreso a través del mar desde Tiberíades en dirección oeste otra vez, y después de él, con mi abuela, de regreso a Tiberíades cruzando el mar de nuevo, viajes que también incluyen el de mi antepasado Jacob Berab, que llegó a Safed desde Maqueda, en Castilla, y diversos Abulafias, Abolaffios y Bolaffis en Livorno y por toda Italia. El título de este libro ha sido tomado del nombre hebreo del Mediterráneo, que aparece en una bendición que debe ser recitada cuando uno deposita la vista en el mar: «Bendito seas, Dios nuestro Señor, rey del Universo, que creaste el gran mar».

DAVID ABULAFIA

Cambridge, 15 de noviembre de 2010

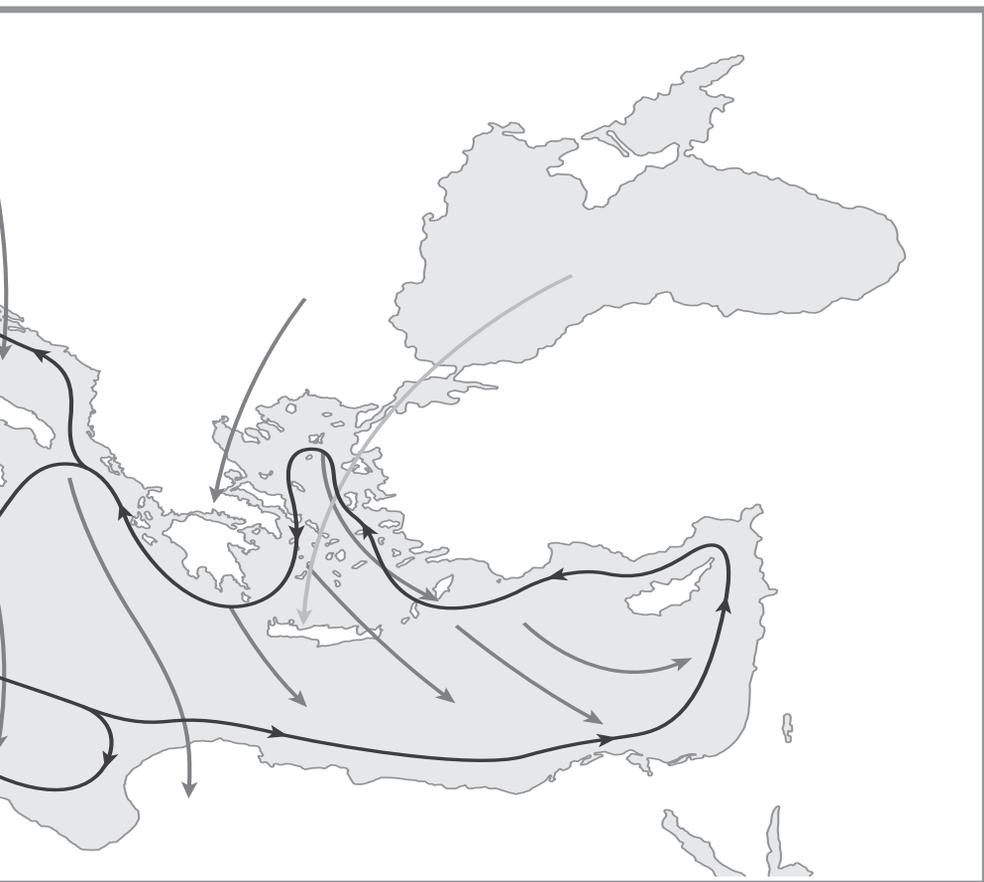
INTRODUCCIÓN: UN MAR CON MUCHOS NOMBRES

Conocido en inglés y en las lenguas romances como el mar «entre las tierras», el Mediterráneo recibe y ha recibido siempre muchos nombres: los romanos lo llamaban «Nuestro Mar», los turcos, «mar Blanco» (*Akdeniz*), los judíos, «Gran Mar» (*Yam gadol*), los alemanes, «Mar de en medio» (*Mittelmeer*), y los antiguos egipcios le daban el más dudoso nombre de «Gran Verde». Los escritores modernos han acuñado y añadido epítetos a este vocabulario: «mar interior», «mar rodeado», «mar amigo», el «mar fiel» de varias religiones y el «mar amargo» de la segunda guerra mundial; también, el «mar que se corrompe» de docenas de microecosistemas ecológicos transformados a través de su relación con los vecinos, que les proporcionan aquello de lo que carecen, y a cambio de lo cual ofrecen sus propios excedentes; y el «continente líquido» que, igual que un continente real, abarca una gran cantidad de pueblos, culturas y economías en el interior de un espacio con límites muy precisos. Es importante, por lo tanto, que empecemos definiendo dichos límites. El mar Negro baña unas costas que ya desde la Antigüedad, exportaban cereales, esclavos, pieles y frutas al Mediterráneo, pero el Negro es un mar en el que se internaron los mercaderes mediterráneos, y no un mar cuyos habitantes participaron en los cambios políticos, económicos y religiosos que tenían lugar en el Mediterráneo propiamente dicho; los vínculos terrestres que acercan el mar Negro a los Balcanes, a las estepas y al Cáucaso les dieron a las civilizaciones que vivían junto a sus costas un aspecto y un carácter diferente al de los pueblos del Mediterráneo. No puede decirse lo mismo del Adriático, que ha participado de forma muy intensa en la vida comercial, política y religiosa del Mediterráneo gracias a los etruscos y a los griegos de Espina, a los venecianos y a los ragusanos de la Edad Media y principios de la Edad Moderna, y a los empresarios de Trieste en tiempos ya más modernos. En este libro, hemos marcado los límites del Mediterráneo allí donde los marcaron por primera vez la naturaleza y el hombre: en el estrecho de Gibraltar; en los Dardanelos, con incursiones esporádicas en dirección a Constantinopla, puesto que la ciudad funcionaba como un puente entre el mar Negro y el mar Blanco; y en el litoral que se extiende desde Alejandría hasta Gaza y Jaffa. Este libro visitará, por lo tanto, las ciudades



portuarias en el interior del Mediterráneo y en sus costas, en especial aquellas que fueron punto de encuentro y crisol de culturas, Livorno, Esmirna, Trieste y algunas más; y las islas, sobre todo aquellas cuyos habitantes dirigieron la vista hacia el exterior, razón por la cual, en este libro, los corsos tienen un perfil menos visible que los malteses.

Esta es quizás una visión del Mediterráneo más restringida que la que ofrecen otros escritores, pero sin duda es más coherente. El tema central de los libros que tratan de la historia mediterránea ha sido siempre la historia de las tierras que rodean el Mediterráneo, un enfoque que permite, como es natural, prestar alguna atención a la interacción entre dichos territorios. Dos obras destacan por encima de las demás. La primera, *Corrupting Sea* de Peregrine Horden y Nicholas Purcell, una inmensa obra publicada en el año 2000 en la que abundan, en especial, las ideas sobre la historia agraria de los territorios que bordean el Mediterráneo, dando por supuesto que una historia del Mediterráneo debería incluir las tierras que rodean el mar hasta una profundidad de al menos quince o veinte kilómetros. Horden y Purcell demues-



tran algunas características fundamentales del intercambio mediterráneo: las «conectividades» que unen los diferentes puntos, y las «minoraciones» que tuvieron cuando ocurrieron contracciones. No obstante, en su análisis final, los autores se preocupan sobre todo por lo que ocurre en tierra, en lugar de tratar lo que sucede en la superficie del mar propiamente dicho. La segunda obra, cuya sombra se extiende sobre todos los historiadores del Mediterráneo, es *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, de Fernand Braudel (1902-1985), un libro publicado por primera vez en 1949, una de las obras de historia más originales del siglo xx, y la que mayor influencia ha ejercido desde entonces. A partir de la década de 1950, Braudel dirigió las investigaciones de muchos historiadores, no solo con relación a la historia del Mediterráneo en el período que él había elegido, sino también con relación a períodos anteriores y posteriores, y no solo estudios sobre el Mediterráneo, sino además sobre el Atlántico y otros mares; en sus últimos días, desde su base de misterioso nombre, la «sexta sección» de la École Pratique des Hautes Études de París, dirigió con dignidad y distinción la muy

respetada escuela de historiadores francesa, los *Annales*. Sin embargo, sus ideas habían germinado despacio. Los intelectuales franceses, uno de ellos el valorado poeta y ensayista Paul Valéry, fallecido en 1945, habían quedado fascinados por la idea de una «civilización mediterránea» compartida por franceses, españoles e italianos, naciones con presencia tanto en sus propias costas como en sus posesiones coloniales del norte de África y de Oriente Medio. El libro de Braudel fue el producto de largas reflexiones en Francia, Argelia y Brasil, y también en los campos de prisioneros de guerra alemanes, un tiempo durante el cual Braudel realizó un viaje intelectual que partía del minucioso estudio de políticas pasadas, un enfoque que todavía ocupaba a muchos historiadores franceses, y llegaba, a través del concepto de identidad mediterránea postulado por Valéry, hasta la escritura de la historia informada por la geografía. Braudel, haciendo gala de un conocimiento enciclopédico de la historia de todo el Mediterráneo, y no solo la del siglo XVI, ofreció una respuesta novedosa y fascinante a la pregunta de cómo han interactuado las sociedades alrededor de los márgenes de este mar. El enfoque de Braudel se fundamentaba en su suposición de que «todos los cambios son lentos» puesto que se imaginaba al «hombre [...] prisionero de un destino sobre el que apenas puede ejercer algún influjo».¹ El libro que el lector tiene entre sus manos propone lo contrario en ambos casos. Mientras que Braudel ofreció lo que podríamos describir como una historia horizontal del Mediterráneo en la que intentaba capturar las características de dicho mar mediante el examen de una época en particular, en este libro intentamos ofrecer una historia vertical del Mediterráneo haciendo hincapié en los cambios a lo largo del tiempo.

Braudel mostró lo que casi equivalía a desprecio por la historia política entendida como «acontecimientos» (*histoire événementielle*),² y entendía que la geografía del Mediterráneo determinaba lo que ocurría en el interior de sus límites. Braudel consignó la política y las guerras al final de su libro, y la auténtica fuerza de su obra radica en otro aspecto, en el hecho de haber comprendido que los paisajes de las tierras que rodean el Mediterráneo, y las características más significativas del mar, es decir, sus vientos y corrientes, contribuyeron a determinar las rutas que tomaban los navegantes para cruzarlo. De hecho, el Mediterráneo de Braudel se extendía mucho más allá del mar y abarcaba todos los territorios cuya vida económica estaba en cierto modo determinada por lo que ocurría en este mar: logró, en diversos puntos, incluir en sus cálculos a Cracovia y a Madeira. Siguiendo sus pasos, John Pryor ha puesto un gran énfasis en las limitaciones impuestas por los vientos y las corrientes, sostiene que a los navegantes medievales y de principios de la Edad Moderna les resultaba difícil navegar junto a las costas del norte de África, y hace hincapié además en la importancia de la temporada que se extiende entre la primavera y el otoño, cuando los vientos favorables permitían la navegación a vela. Horden y Purcell rechazan esta tesis de Pryor y sugieren en cambio que los marinos, atraídos por intereses comerciales o

políticos, estaban dispuestos a abrir nuevas vías marítimas aunque los vientos y las corrientes les fueran menos favorables.³ Por lo tanto, la habilidad y el ingenio podían desafiar a las fuerzas de la naturaleza.

Es indudable que las características físicas de este mar no pueden darse por sentadas. El Mediterráneo posee varias características que son consecuencia directa de su carácter de mar cerrado. En un tiempo geológico remoto, el mar estaba cerrado por completo, y hace entre doce a cinco millones de años la evaporación alcanzó el punto en el que la cuenca mediterránea se convirtió en un gran desierto profundo y vacío; se cree que, una vez que el Atlántico consiguió abrirse camino, este desierto quedó inundado de agua en un par de años. El agua del Mediterráneo se evapora a una velocidad mayor de la que le llega el agua procedente de los sistemas fluviales que desembocan en él y lo alimentan, un hecho que no debería sorprender cuando recordamos lo endebles que son algunos de sus ríos: los pequeños ríos de Sicilia y de Cerdeña, los históricos pero poco caudalosos Tíber y Arno (en pleno verano, el Arno se convierte en un arroyo que, a partir de Florencia, apenas gotea agua). Es cierto que el Mediterráneo se nutre de las aguas del inmenso sistema fluvial del Nilo, y que también el Po y el Ródano realizan alguna contribución. Entre los ríos europeos, el Danubio y los sistemas fluviales rusos contribuyen de forma indirecta, puesto que al mar Negro llega agua procedente de diversas grandes arterias que se extienden una gran distancia en la masa de tierra. El resultado es que el mar Negro tiene un exceso de agua que no se ha evaporado, y dicho excedente crea una rápida corriente que pasa junto a Estambul y se precipita al noreste del Egeo. Ahora bien, esta aportación solo compensa el 4 por 100 del agua que pierde el Mediterráneo, y la principal fuente de agua de mar que sustituye la que se pierde por la evaporación es el océano Atlántico, que proporciona un flujo constante de agua fría atlántica, contrarrestada hasta cierto punto por el flujo que sale del Mediterráneo y que (a causa de la evaporación) es más salada y, por lo tanto, más pesada; el agua que entra lo hace por encima del agua que sale.⁴ En consecuencia, el hecho que el Mediterráneo está abierto en su extremo es esencial para su supervivencia como mar. La apertura de una tercera vía de entrada en Suez ha tenido efectos mucho más restringidos, puesto que los canales por los que pasa la ruta marítima son estrechos, pero ha llevado al Mediterráneo tipos de peces nativos del mar Rojo y del océano Índico.

El flujo procedente del Atlántico disuadió a los navegantes medievales de intentar cruzar con demasiada frecuencia el estrecho de Gibraltar, aunque no disuadió a los vikingos, a los cruzados y a otros de entrar en el Mediterráneo. Las principales corrientes mediterráneas bordean las costas de África en dirección este desde Gibraltar, pasan junto a Israel y el Líbano donde cambian de rumbo, rodean Chipre, y a continuación se internan en los mares Egeo, Adriático y Tirreno, desde donde pasan junto a las costas francesa y española en su recorrido de regreso a los Pilares de Hércules.⁵ Estas corrientes han

tenido un impacto significativo en la facilidad de desplazamiento de los barcos por todo el Mediterráneo, al menos en los días de los remos y las velas. Se ha demostrado incluso que es posible, virando una y otra vez, utilizar las corrientes para navegar en contra de los vientos mediterráneos. Los sistemas meteorológicos de esta región suelen desplazarse de oeste a este, y, por lo tanto, en primavera, los marinos podían aprovechar los vientos para transportar mercancías desde los puertos entre Barcelona y Pisa en dirección a Cerdeña, Sicilia y el Levante; ahora bien, las condiciones meteorológicas dominantes en el Mediterráneo occidental son, en invierno, el sistema del Atlántico Norte, mientras que en verano, lo es el anticiclón de las Azores, un sistema de altas presiones subtropical atlántico situado sobre estas islas. El tiempo húmedo y ventoso en invierno está caracterizado por el mistral, que lleva aire frío a los valles de Provenza, y que tiene muchos parientes muy cercanos tales como el *bora* o la tramontana de Italia y de Croacia. John Pryor ha señalado que el «golfo del León» frente a Provenza lleva este nombre porque el rugido del mistral recuerda al de un león.⁶ La incomodidad o el peligro de una tormenta invernal en el Mediterráneo no deberían ser subestimados, pese a la moderna imagen que ofrece de un mar bañado por el sol. Sobre el Sahara se forman a veces unos sistemas de bajas presiones que son arrastrados hacia el norte en la forma de un inquietante viento conocido con el nombre de *scirocco* (en Italia), *xaloc* (en Cataluña) o *hamsin* (en Israel y en Egipto) y que suelen dejar caer inmensas cantidades de polvo rojo del Sahara sobre las tierras que rodean el Mediterráneo. Mientras los barcos dependieron de las velas, los vientos dominantes del norte hicieron peligrar la navegación a lo largo de la costa del norte de África, puesto que existía el riesgo de que el viento empujara los barcos contra los bancos de arena o los arrecifes de las costas del sur del Mediterráneo. Los navegantes preferían las costas del norte del Mediterráneo, en general más abruptas y escarpadas, una característica (como también ha observado Pryor) que las hacía más atractivas, igual que sus playas y sus abrigadas ensenadas, aunque estas caletas fueran asimismo una tentación para los piratas que siempre buscaban algún rincón en el que ocultarse.⁷ La travesía de oeste a este, el famoso comercio levantino de la Edad Media, era más fácil para los buques que zarpaban de Génova o de Marsella en primavera y que navegaban junto a las costas del norte del Mediterráneo, pasando junto a Sicilia y Creta y rodeando Chipre hasta llegar a Egipto; atajar desde Creta hasta la desembocadura del Nilo no se convirtió en una práctica habitual hasta la aparición de los barcos de vapor. Por supuesto no tenemos ninguna certeza de que los vientos y las corrientes hubieran sido siempre iguales. Aun así, las numerosas referencias a vientos tales como el bóreas del noroeste en las fuentes clásicas y medievales dejan claro que el *bora* tiene una larga historia.

Los cambios climáticos pudieron haber tenido consecuencias importantes en la productividad de los territorios cercanos al Mediterráneo, y es posible

que sus repercusiones alcanzaran al comercio de cereales en el Mediterráneo, tan importante en la Antigüedad y en la Edad Media, aunque después perdiera su supremacía. El descenso de las temperaturas medias en los siglos XVI y XVII contribuye a explicar por qué se dejaron de cultivar cereales en algunas regiones y por qué se generalizaron de forma tan sorprendente las importaciones de cereales procedentes del norte de Europa que fortalecieron la posición de los mercaderes holandeses y alemanes en el Mediterráneo. La desertización de las regiones costeras tal vez apunte a un cambio climático, aunque en este caso, y eso es importante, suele ser visible la mano del hombre: es posible que debido a las nuevas oleadas de invasiones árabes en el norte de África en los siglos XI y XII se descuidara el mantenimiento de las presas y de los sistemas de irrigación, y que la agricultura se viera afectada por ello. El cultivo de viñas y de olivares en terrazas que retenían la tierra en su sitio había sido abandonado y ahora la tierra que arrastraban las lluvias creaba sedimentos que obstruían los ríos, acentuando así la decadencia económica en Asia Menor en los últimos tiempos del Imperio Romano.⁸ En la actualidad, los pantanos, en especial la gran presa de Asuán, en el Alto Egipto, han modificado los patrones del flujo del agua en dirección al Mediterráneo, y han tenido consecuencias sobre las corrientes y la humedad. Es el hombre el que ha alterado el ciclo temporal del Nilo y quien ha modificado decisivamente la vida económica de Egipto, acabando con las inundaciones anuales causadas por las crecidas del Nilo que los antiguos egipcios atribuían a sus dioses. Por otra parte, el geógrafo Alfred Grove y el ecologista Oliver Rackham han sugerido que el impacto de los seres humanos sobre el entorno mediterráneo ha sido menos drástico del que se les suele atribuir, puesto que la naturaleza en las tierras mediterráneas demuestra tener la capacidad de recuperarse de las variaciones climáticas o de otro tipo, y de los abusos a los que se ha visto sometida. Los humanos, insisten, no determinan la evolución del clima, o al menos no lo hacían antes del siglo XX; por otra parte, la erosión, incluso culpando de parte de ella a los seres humanos, también es un fenómeno natural que se dio asimismo en la época de los dinosaurios. Un ámbito en el que se suele hablar del impacto de los humanos ha sido el de la deforestación, cuyos efectos revisten una especial gravedad en Sicilia, en Chipre y en toda la costa española debido a la perentoria necesidad de madera para construir barcos y al posterior desmonte de tierras para construir nuevas poblaciones o ampliar las existentes; ahora bien, también en estos casos puede argumentarse que, con frecuencia, se ha producido una regeneración natural. Grove y Rackham son menos optimistas con respecto al futuro al que se enfrenta el Mediterráneo, amenazado por la sobreexplotación a la que están siendo sometidos los recursos acuíferos y las reservas de pesca, y también, en algunas zonas, por la desertización, que con toda seguridad se agravará en el futuro si las profecías creíbles sobre el calentamiento global son, aunque solo sea en parte, válidas.⁹ Observar el pasado de la historia del Mediterráneo equivale a

asistir a una simbiosis entre el hombre y la naturaleza que quizás esté a punto de tocar a su fin.

Este libro no niega la importancia de los vientos y de las corrientes, pero también tiene el objetivo de poner en primer plano la experiencia humana de cruzar el Mediterráneo o de vivir en las ciudades portuarias y en las islas que dependían del mar para su existencia. La mano del hombre ha tenido más importancia en moldear la historia del Mediterráneo de lo que Braudel estaba dispuesto a reconocer. En este libro abundan las decisiones políticas: armadas que zarparon a la conquista de Siracusa o de Cartago, de Acre o de Famagusta, de Menorca o de Malta. Por qué a algunos de estos lugares se les daba importancia estratégica dependía en un grado bastante significativo de la geografía, no solo del viento y de las olas, sino también de otras limitaciones: los alimentos frescos y el agua podían durar un par de semanas en un buque mercante, pero ocupaban demasiado espacio para ser cargados en grandes cantidades en una galera de guerra donde el espacio era escaso. Este simple hecho significaba que el control del mar abierto constituía un difícil reto, al menos en la época de la vela; sin acceso a puertos amigos donde los barcos pudieran aprovisionarse y ser carenados, ninguna potencia, por muchos buques de guerra que poseyera, podía controlar las rutas marítimas. Por lo tanto, los conflictos por el control del Mediterráneo deben entenderse como luchas por el dominio de sus costas, puertos e islas, en lugar de ser vistos como batallas por el control de los espacios abiertos.¹⁰ Para enfrentarse a la amenaza casi constante de piratería, solía ser necesario llegar a oscuros acuerdos con los piratas y con sus señores, quienes, a cambio de dádivas y sobornos, permitían la libre circulación de los barcos mercantes. Las posiciones avanzadas tenían un gran valor. La situación de Corfú convirtió esta isla durante muchos siglos en el objeto de la codicia de todos aquellos que querían controlar el acceso al Adriático. Los catalanes, y más tarde los británicos, construyeron una línea de posesiones al servicio de sus intereses políticos y económicos que se extendía por todo el Mediterráneo. Por extraño que parezca, las ubicaciones elegidas para sus puertos solían ser pésimos refugios, y es indudable que las ventajas físicas no eran lo único que se tenía en cuenta: el frecuente oleaje del mar dificultaba el acceso a Alejandría, la Barcelona medieval ofrecía poco más que una playa, Pisa, unas pocas radas cercanas al estuario del Arno, y todavía en la década de 1920 los barcos que arribaban a Jaffa tenían que descargar en el mar; el puerto de Mesina, por su parte, estaba muy cerca de los violentos remolinos de aguas torrenciales que los cronistas clásicos identificaron como los terrores gemelos de Escila y Caribdis.¹¹

La historia humana implica el estudio no solo de lo racional sino además de lo irracional, de las decisiones tomadas por individuos o bien por grupos que, vistas pasados siglos o milenios, resultan difíciles de comprender, y que tal vez también lo fueran en la época en la que se tomaron. Aun así, las peque-

ñas decisiones, igual que el ligero batir de las alas de una mariposa, podían generar consecuencias inmensas: el discurso pronunciado por un papa en Clermont en Francia en el año 1095, cargado de una retórica apasionada, aunque confusa, desencadenó quinientos años de cruzada; las disputas entre los comandantes turcos que rivalizaban entre sí, todo lo contrario del carismático liderazgo de sus enemigos cristianos, desembocaron en la inesperada derrota de los ejércitos y armadas otomanos, lo que ocurrió en Malta en el año 1565; y aun así, y arriesgándose a perder el control de las aguas alrededor de una de sus posesiones más preciadas, Sicilia, España tardó mucho tiempo en enviar la ayuda que exigía la urgente situación. Algunas batallas se ganaron en contra de todos los pronósticos; las victorias de los brillantes almirantes Lisandro, Roger de Lauria y Horatio Nelson transformaron el mapa político del Mediterráneo y frustraron los planes imperiales de quienes se sentaban en los tronos de Atenas, Nápoles o de la Francia napoleónica. Los príncipes mercaderes pusieron su propio beneficio por encima de la causa de la fe cristiana. La rueda de la ruleta gira y el resultado es impredecible, ahora bien son las manos humanas las que hacen girar esa rueda.